Cuaderno de ejercicios de Ortografía

Juan José Vergara Olarte

Colegio Retamar. 2015

Introducción.

En este cuaderno tienes ejercicios para practicar ortografía y algunos apuntes. Los textos que se proponen como ejercicio se repiten con frecuencia para que *fijes la vista* en las cuestiones ortográficas. Son textos propios o sin derechos de autor, para no entrar en conflicto con nadie, aunque tampoco pretendo obtener dinero con este cuadernillo.

Es posible que no le veas mucha utilidad a la **cuestión ortográfica** pero es parte de la asignatura. De todos modos, aunque no lo fuera, ten en cuenta que es una forma de poner en conjunción tu sistema lecto-escritor. La relación entre el ojo, el intelecto y el dedo índice –que es el que empuja normalmente al bolígrafo- debe ser fluida. Es muy posible que tu cerebro vaya más rápido que tu escritura; de lo que se trata es de que "automatices" el hecho de escribir bien.

Otro elemento que has de tener en cuenta es que "oyes" fonemas pero ves y escribes letras. Así que la palabra "automatices", que te ha salido más arriba, te puede sonar como si se escribiera con Z pero no es así. Las letras no suenan –salvo que sean de bronce y se caigan, por ejemplo-. Lo que oímos son fonemas, imágenes mentales de los sonidos.

Estos ejercicios van aumentando en dificultad poco a poco. Márcate un ritmo de trabajo adecuado; no pretendas hacer todas las páginas en una semana, por ejemplo, ya que una de las claves para mejorar la ortografía está en realizar muchas fijaciones visuales y eso requiere tiempo y repetición de actos. Por eso escogí para la portada la imagen de un caracol. (Por si tienes curiosidad, la foto la hice en el metroligero de la Universidad y luego le quité el color)

Espero que este cuadernillo te ayude y te anime. Al final tienes los textos solucionados.

JJV

1. **Completa el siguiente texto con b o v donde sea necesario. Coloca también las tildes:**

Cuando *Simon* penso en escaparse de casa no creyo que un le__e traspie pudiera traerle tan gra__es consecuencias. Al principio todo parecia __ien planeado, nadie pensaria que su ausencia mañanera fuera a durar diez dias, tiempo que ha__ia pre__isto para fugarse con los amigos del pue__lo __ecino. Al regresar dirian que ha__ian sido secuestrados y que, despues de arduos esfuerzos, ha__ian logrado escapar de los malhechores; cosas como esa aparecian todos los dias en los periodicos y nadie duda__a de ellas. Sin em__argo, ¿quien i__a a pensar que trescientos metros mas alla del __osque que rodea el pue__lo se i__a a caer en un agujero del que no podria salir? A __eces uno __usca la li__ertad y lo unico que encuentra es eso: un agujero. Alli, en el oscuro su_suelo, la conciencia comenza_a a remorderle por dentro, cuando se dio cuenta de que esta_a solo, a_solutamente solo. O al menos eso pensa_a el. Hizo calculos. Tenia poco espacio para mo_erse y estaria como unos tres metros por de_ajo del ni_el del suelo, rodeado de humedad, tierra sucia, raices de ar_oles y hojas _iejas que empeza_an a pudrirse. Y, por supuesto, esta_a casi a oscuras ya que el _oquete por el que se ha_ia caido se ha_ia cerrado casi del todo al pasar el; solo una le_e claridad le llega_a por encima de la ca_eza. A pesar de lo enrarecido del aire que respira_a la situacion no era muy desagrada_le... toda_ia. Sospecho que, con el paso del tiempo, se pondria peor. Ni siquiera sus amigos podrian sa_er donde esta_a, ya que el punto de reunion acordado esta_a aun _astante lejos de aquel paraje. Asi que empezo a sentir miedo, y luego ham_re y frio. A Simon empezaron a pesarle sus once años y medio, o por mejor decir, empezaron a faltarle; por un momento deseo tener treinta y ser capaz de salir el solito del agujero. Despues reflexiono algo y se dio cuenta de que, aunque tu_iera treinta años, si esta_a solo, tampoco podria conseguirlo. Penso en Indiana Jones. Ni siquiera el lo conseguiria, porque en el agujero no ha_ia espacio suficiente para estirar el _razo y soltar el latigo, enrollarlo en una rama y su_irse a pulso, a fuerza de _razos. Nada. Todo era inutil. No ser_iria de nada ser Indiana Jones si esta_a solo. En esta _ida siempre necesitamos a los demas, y, a _eces, son ellos los que necesitan de nosotros. ¿Quien le ha__ria mandado a el intentar aquella a__entura? Y todo por no parecer menos que sus amigos. __ueno, "amigos" por decir algo; eran todos un poco mangantes y unos co__ardes, que tira__an de la coleta a las niñas y salian corriendo, pincha__an lagartijas y las deja__an morir al sol y fuma__an a escondidas de sus padres. Y eso no era todo, ademas no estudia__an nada. En fin, que eran un desastre de gente, pensa__a Simon, sin darse cuenta de que, a pesar de los pesares, eran sus amigos. El, en cam__io, __i__ia en la ciudad, o__edecia en casa, estudia__a, no fuma__a, ni pega__a a las niñas... O sea, que a

__eces ¡se a__urria como una ostra! Se le hacia muy cuesta arri__a portarse siempre __ien, por eso -penso- con__enia escaparse de casa durante un tiempo; para que todo el mundo supiera que el tam__ien podia hacer las cosas mal, y, por tanto, tenia mucho merito al ser siempre un __uen chico. Eso era ser li__re, ¿no? Este era el de__ate interno que tenia lugar en la ca__eza de Simon, la distancia entre ser __ueno y ser malo y el por que hacer __ien o mal las cosas, cuando __ol__io a la realidad de la tragedia. ¿Como saldria de alli a__ajo? SE ACORDO DE QUE EMPEZA A YA A TENER HAM RE. SU MOCHILA CON LAS PRO ISIONES –REPLETA DE GOMINOLAS, POR SUPUESTO– SE HA IA QUEDADO ARRI A, ENGANCHADA EN EL MATORRAL QUE MEDIO TAPA A EL OQUETE DE ENTRADA, CON LO CUAL, NADA, TAMPOCO PODIA COMER. ¿Y SI PRO A A A GRITAR? NO LE OIRIA NADIE PORQUE AQUELLA ZONA SE ENCONTRA A LEJOS DEL PUE LO Y ESTA A DESHA- ITADA POR COMPLETO. SU UNICA POSI ILIDAD ERA QUE ALGUIEN QUE PASARA POR ALLI CERCA IERA SU MOCHILA EN EL SUELO Y SE IMAGINARA QUE EL DUEÑO SE HA IA CAIDO POR EL AGUJERO. PERO SIMON PENSO QUE SERIA MAS FACIL QUE SI ALGUIEN ENCONTRA A LA MOCHILA SE LLE ARA TODAS LAS GOMINOLAS Y NO PENSARA PARA NADA EN UN POSI LE RESCATE. ESTA A DESESPERADO. LA SITUACION ERA DIFICIL. (¿TÚ, LECTOR, QUE HARIAS?) (FIN DEL CAPITULO 1 DE "SIMON Y LOS HEMBROS", DE JUAN JOSE ERGARA)

__ajo la cinta de plata de la mañana, y so__re el reflejo azul del mar, el __ote llego a la costa de Harwich y solto, como enjam__re de moscas, un monton de gente, entre la cual ni se distinguia ni desea__a hacerse nota__le el hom__re cuyos pasos __amos a seguir. No; nada en el era extraordinario, sal__o el ligero contraste entre su alegre y festi__o traje y la seriedad oficial que ha__ia en su rostro. __estia un chaque gris palido, un chaleco, y lle__a__a som__rero de paja con una cinta casi azul. Su rostro, delgado, resulta__a trigueño, y se prolonga__a en una __ar__a negra y corta que le da__a un aire español y hacia echar de menos la gorguera isa__elina. Fuma__a un cigarrillo con parsimonia de hom__re desocupado. Nada hacia presumir que aquel chaque claro oculta__a una pistola cargada, que en aquel chaleco __lanco i__a una tarjeta de policia, que aquel som__rero de paja encu__ria una de las ca__ezas mas potentes de Europa. Porque aquel hom__re era nada menos que __alentin, jefe de la Policia parisiense, y el mas famoso in__estigador del mundo. __enia de __ruselas a Londres para hacer la captura mas comentada del siglo.

Flam__eau esta__a en Inglaterra. La Policia de tres paises ha__ia seguido la pista al delincuente de Gante a __ruselas, y de __ruselas al Hoek __an Holland. Y se sospecha__a que trataria de disimularse en Londres, apro__echando el trastorno que por entonces causa__a en aquella ciudad la cele__racion del Congreso Eucaristico. No seria dificil que adoptara, para __iajar, el disfraz de eclesiastico menor, o persona relacionada con el Congreso. Pero __alentin no sa__ia nada a punto fijo. So__re Flam__eau nadie sa__ia nada a punto fijo. (Comienzo de *"El candor del padre __rown"* de G. K. Chesterton)

Lo recuerdo como si fuera ayer, meciendose como un na__io llego a la puerta de la posada, y tras el arrastra__a, en una especie de angarillas, su cofre marino; era un __iejo recio, macizo, alto, con el color de __ronce __iejo que los oceanos dejan en la piel; su coleta em__reada le caia so__re los hom__ros de una casaca que ha__ia sido azul; tenia las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con uñas negras y rotas; y el sa__lazo que cruza__a su mejilla era como un costuron de siniestra __lancura. Lo __eo otra __ez, mirando la ensenada y masticando un sil__ido; de pronto empezo a cantar aquella antigua cancion marinera que

despues tan a menudo le escucharia: «Quince hom__res en el cofre del muerto... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Y una __otella de ron!» con aquella __oz cascada, que parecia afinada en las __arras del ca-__restante. Golpeo en la puerta con un palo, una especie de astil de __ichero en que se apoya__a, y, cuando acudio mi padre, en un tono sin contemplaciones le pidio que le sir__iera un __aso de ron. Cuando se lo trajeron, lo __e__io despacio, como hacen los catadores, chascando la lengua, y sin dejar de mirar a su alrededor, hacia los acantilados, y fijandose en la muestra que se __alancea__a so__re la puerta de nuestra posada. (Extraido del comienzo de *"La isla del tesoro", de Ro__ert L. Ste__enson*)

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se ha_ian acostum_rado a ir a jugar al jardin del gigante. Era un jardin grande y hermoso, cu_ierto de _erde y sua_e cesped. Dispersas so_re la hier_a _rilla_an _ellas flores como estrellas, y ha_ia una docena de melocotones que, en prima_era, se cu_rian de delicados capullos rosados, y en otoño da_an sa_roso fruto. Los pajaros se posa_an en los ar_oles y canta_an tan deliciosamente que los niños interrumpian sus juegos para escucharlos. -¡Que felices somos aqui!- se grita_an unos a otros. (Comienzo de "El gigante egoista" de Oscar Wilde.)

-Ca_allero, ¿quiere hacer el fa_or de decirme si estoy en Plumfield?...- pregunto un muchacho andrajoso, dirigiendose al señor que ha_ia a_ierto la gran puerta de la casa ante la cual se detu_o el omni_us que condujo al niño. -Si, amiguito; ¿de parte de quien _ienes?

-De parte de Laurence. Traigo una carta para la señora.

El ca_allero ha_la_a afectuosa y alegremente; el muchacho, mas animado, se dispuso a entrar. A tra_es de la finisima llu_ia prima_eral que caia so_re el cesped y so_re los ar_oles cuajados de retoños, Nathaniel contemplo un edificio amplio y cuadrado, de aspecto hospitalario, con _etusto portico, anchurosa escalera y grandes _entanas iluminadas. Ni persianas ni cortinas _ela_an las luces; antes de penetrar en el interior, Nathaniel _io muchas minusculas som_ras danzando so_re los muros, oyo un zum_ido de _oces ju_eniles y penso, tristemente, en que seria dificil que quisieran aceptar, en aquella magnifica casa, a un huesped po_re,

harapiento y sin hogar como el. (Comienzo de "Hom_recitos" de Louisa M. Alcott.)

Ha__ia una __ez una Rana que queria ser una Rana autentica, y todos los dias se esforza__a en ello. Al principio se compro un espejo en el que se mira__a largamente __uscando su ansiada autenticidad. Unas __eces parecia encontrarla y otras no, segun el humor de ese dia o de la hora, hasta que se canso de esto y guardo el espejo en un __aul.

Por fin penso que la unica forma de conocer su propio __alor esta__a en la opinion de la gente, y comenzo a peinarse y a __estirse y a des__estirse (cuando no le queda__a otro recurso) para sa__er si los demas la apro__a__an y reconocian que era una Rana autentica.

Un dia o__ser__o que lo que mas admira__an de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedico a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada __ez mejores, y sentia que todos la aplaudian.

Y asi seguia haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una Rana autentica, se deja__a arrancar las ancas, y los otros se las comian, y ella toda__ia alcanza__a a oir con amargura cuando decian que que __uena Rana, que parecia Pollo. ("La rana que queria ser una rana autentica "de Augusto Monterroso)

Un dolar y ochenta y siete centa_os. Eso era todo. Y setenta centa_os esta_an en peniques. Peniques ahorrados, uno por uno, discutiendo con el almacenero y el _erdulero y el carnicero hasta que las mejillas de uno se ponian rojas de _ergüenza ante la silenciosa acusacion de a_aricia que implica_a un regateo tan o_stinado. Delia los conto tres _eces. Un dolar y ochenta y siete centa_os. Y al dia siguiente era Na_idad. E_identemente no ha_ia nada que hacer fuera de echarse al misera_le lecho y llorar. Y Delia lo hizo. Lo que conduce a la reflexion moral de que la _ida se compone de sollozos, lloriqueos y

sonrisas, con predominio de los Uoriqueos. (Comienzo de "EL REGALO DE LOS MAGOS" de O. Henry.)

2. <u>Completa el siguiente texto con b o v donde sea necesario. Coloca también las tildes:</u>

Cuando Simon penso en escaparse de casa no creyo que un leve traspie pudiera traerle tan __raves consecuencias. Al principio todo parecia bien planeado, nadie pensaria que su ausencia mañanera fuera a durar diez dias, tiempo que habia previsto para fu__arse con los ami__os del pueblo vecino. Al re__resar dirian que habian sido secuestrados y que, despues de arduos esfuerzos, habian lo__rado escapar de los malhechores; cosas como esa aparecian todos los dias en los periodicos y nadie dudaba de ellas. Sin embar__o, ¿quien iba a pensar que trescientos metros mas alla del bosque que rodea el pueblo se iba a caer en un a__u__ero del que no podria salir? A veces uno busca la libertad y lo unico que encuentra es eso: un a__u__ero. Alli, en el oscuro subsuelo, la conciencia comenzaba a remorderle por dentro, cuando se dio cuenta de que estaba solo, absolutamente solo. O al menos eso pensaba el. Hizo calculos. *Tenia poco espacio para moverse y estaria como unos tres metros por deba_o del nivel del suelo, rodeado de humedad, tierra sucia, raices de arboles y ho_as vie_as que empezaban a pudrirse. Y, por supuesto, estaba casi a oscuras ya que el boquete por el que se habia caido se habia cerrado casi del todo al pasar el; solo una leve claridad le lle_aba por encima de la cabeza. A pesar de lo enrarecido del aire que respiraba la situacion no era muy desa_radable... todavia. Sospecho que, con el paso del tiempo, se pondria peor. Ni siquiera sus ami_os podrian saber donde estaba, ya que el punto de reunion acordado estaba aun bastante le_os de aquel para_e. Asi que empezo a sentir miedo, y lue_o hambre y frio. A Simon empezaron a pesarle sus once años y medio, o por me_or decir, empezaron a faltarle; por un momento deseo tener treinta y ser capaz de salir el solito del a_u_ero. Despues reflexiono al_o y se dio cuenta de que, aunque tuviera treinta años, si estaba solo, tampoco podria conse_uirlo. Penso en Indiana _ones. Ni siquiera el lo conse_uiria, porque en el a_u_ero no habia espacio suficiente para estirar el brazo y soltar el lati_o, enrollarlo en una rama y subirse a pulso, a fuerza de brazos. Nada. Todo era inutil. No serviria de nada ser Indiana _ones si estaba solo. En esta vida siempre necesitamos a los demas, y, a veces, son ellos los que necesitan de nosotros. ¿Quien le habria mandado a el intentar aquella aventura? Y todo por no parecer menos que sus ami__os. Bueno, "ami__os" por decir al__o; eran todos un poco man__antes y unos cobardes, que tiraban de la coleta a las niñas y salian corriendo, pinchaban la__arti__as y las de__aban morir al sol y*

fumaban a escondidas de sus padres. Y eso no era todo, ademas no estudiaban nada. En fin, que eran un desastre de __ente, pensaba Simon, sin darse cuenta de que, a pesar de los pesares, eran sus ami__os. El, en cambio, vivia en la ciudad, obedecia en casa, estudiaba, no fumaba, ni pe__aba a las niñas... O sea, que a veces ¡se aburria como una ostra! Se le hacia muy cuesta arriba portarse siempre bien, por eso -penso- convenia escaparse de casa durante un tiempo; para que todo el mundo supiera que el tambien podia hacer las cosas mal, y, por tanto, tenia mucho merito al ser siempre un buen chico. Eso era ser libre, ¿no? Este era el debate interno que tenia lu__ar en la cabeza de Simon, la distancia entre ser bueno y ser malo y el por que hacer bien o mal las cosas, cuando volvio a la realidad de la tra__edia. ¿Como saldria de alli aba__o? SE ACORDO DE QUE EMPEZABA YA A TENER HAMBRE. SU MOCHILA CON LAS PROVISIONES –REPLETA DE ̣OMINOLAS, POR SUPUESTO– SE HABIA QUEDADO ARRIBA, EN ̣ANCHADA EN EL MATORRAL QUE MEDIO TAPABA EL BOQUETE DE ENTRADA, CON LO CUAL, NADA, TAMPOCO PODIA COMER. ¿Y SI PROBABA A ̣RITAR? NO LE OIRIA NADIE PORQUE AQUELLA ZONA SE ENCONTRABA LE ̣OS DEL PUEBLO Y ESTABA DESHABITADA POR COMPLETO. SU UNICA POSIBILIDAD ERA QUE AL ̣UIEN QUE PASARA POR ALLI CERCA VIERA SU MOCHILA EN EL SUELO Y SE IMA ̣INARA QUE EL DUEÑO SE HABIA CAIDO POR EL A ̣U ̣ERO. PERO SIMON PENSO QUE SERIA MAS FACIL QUE SI AL ̣UIEN ENCONTRABA LA MOCHILA SE LLEVARIA TODAS LAS ̣OMINOLAS Y NO PENSARA PARA NADA EN UN POSIBLE RESCATE. ESTABA DESESPERADO. LA SITUACION ERA DIFICIL. (¿TU, LECTOR, QUE HARIAS?) (FIN DEL CAPITULO 1 DE "SIMON Y LOS HEMBROS", DE ̣UAN ̣OSE VER ̣ARA)

Ba__o la cinta de plata de la mañana, y sobre el refle__o azul del mar, el bote lle__o a la costa de Harwich y solto, como en__ambre de moscas, un monton de __ente, entre la cual ni se distin__uia ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos pasos vamos a se__uir. No; nada en el era extraordinario, salvo el li__ero contraste entre su ale__re y festivo tra__e y la seriedad oficial que habia en su rostro. Vestia un chaque __ris palido, un chaleco, y llevaba sombrero de pa__a con una cinta casi azul. Su rostro, del__ado, resultaba tri__ueño, y se prolon__aba en una barba ne__ra y corta que le daba un aire español y hacia echar de menos la __or__uera isabelina. Fumaba un ci__arrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada hacia presumir que aquel chaque claro ocultaba una pistola car__ada, que en aquel chaleco blanco iba una tar__eta de policia, que aquel sombrero de pa__a encubria una de las cabezas mas potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, __efe de la Policia parisiense, y el mas famoso investi__ador del mundo. Venia de Bruselas a Londres para hacer la captura mas comentada del si__lo.

Flambeau estaba en In__laterra. La Policia de tres paises habia se__uido la pista al delincuente de __ante a Bruselas, y de Bruselas al Hoek van Holland. Y se sospechaba que trataria de disimularse en Londres, aprovechando el trastorno que por entonces causaba en aquella ciudad la celebracion del Con__reso Eucaristico. No seria dificil que adoptara, para via__ar, el disfraz de eclesiastico menor, o persona relacionada con el Con__reso. Pero Valentin no sabia nada a punto fi__o. Sobre Flambeau nadie sabia nada a punto fi__o. (Comienzo de "El candor del padre Brown" de __. K. Chesterton)

Lo recuerdo como si fuera ayer, meciendose como un navio lle__o a la puerta de la posada, y tras el arrastraba, en una especie de an__arillas, su cofre marino; era un vie__o recio,

macizo, alto, con el color de bronce vie__o que los oceanos de__an en la piel; su coleta embreada le caia sobre los hombros de una casaca que habia sido azul; tenia las manos a__rietadas y llenas de cicatrices, con uñas ne__ras y rotas; y el sablazo que cruzaba su me__illa era como un costuron de siniestra blancura. Lo veo otra vez, mirando la ensenada y masticando un silbido; de pronto empezo a cantar aquella anti__ua cancion marinera que despues tan a menudo le escucharia: «Quince hombres en el cofre del muerto... i__a! i__a! i__a! ¡Y una botella de ron!» con aquella voz cascada, que parecia afinada en las barras del cabrestante. __olpeo en la puerta con un palo, una especie de astil de bichero en que se apoyaba, y, cuando acudio mi padre, en un tono sin contemplaciones le pidio que le sirviera un vaso de ron. Cuando se lo tra__eron, lo bebio despacio, como hacen los catadores, chascando la len__ua, y sin de__ar de mirar a su alrededor, hacia los acantilados, y fi__andose en la muestra que se balanceaba sobre la puerta de nuestra posada. (Extraido del comienzo de "La isla del tesoro", de Robert L. Stevenson)

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habian acostumbrado a ir a __u__ar al __ardin del __i__ante. Era un __ardin __rande y hermoso, cubierto de verde y suave cesped. Dispersas sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y habia una docena de melocotones que, en primavera, se cubrian de delicados capullos rosados, y en otoño daban sabroso fruto. Los pa__aros se posaban en los arboles y cantaban tan deliciosamente que los niños interrumpian sus __ue__os para escucharlos. -¡Que felices somos aqui!- se __ritaban unos a otros. (Comienzo de "El __i__ante e__oista" de Oscar Wilde.)

-Caballero, ¿quiere hacer el favor de decirme si estoy en Plumfield?...- pre__unto un muchacho andra__oso, diri__iendose al señor que habia abierto la __ran puerta de la casa ante la cual se detuvo el omnibus que condu__o al niño. -Si, ami__uito; ¿de parte de quien vienes?

-De parte de Laurence. Trai__o una carta para la señora.

El caballero hablaba afectuosa y ale__remente; el muchacho, mas animado, se dispuso a entrar. A traves de la finisima lluvia primaveral que caia sobre el cesped y sobre los arboles cua__ados de retoños, Nathaniel contemplo un edificio amplio y cuadrado, de aspecto hospitalario, con vetusto portico, anchurosa escalera y __randes ventanas iluminadas. Ni persianas ni cortinas velaban las luces; antes de penetrar en el interior, Nathaniel vio muchas minusculas sombras danzando sobre los muros, oyo un zumbido de voces

_uveniles y penso, tristemente, en que seria dificil que quisieran aceptar, en aquella ma_nifica casa, a un huesped pobre, harapiento y sin ho_ar como el. (Comienzo de "Hombrecitos" de Louisa M. Alcott.)

Habia una vez una Rana que queria ser una Rana autentica, y todos los dias se esforzaba en ello. Al principio se compro un espe__o en el que se miraba lar__amente buscando su ansiada autenticidad. Unas veces parecia encontrarla y otras no, se__un el humor de ese dia o de la hora, hasta que se canso de esto y __uardo el espe__o en un baul.

Por fin penso que la unica forma de conocer su propio valor estaba en la opinion de la __ente, y comenzo a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demas la aprobaban y reconocian que era una Rana autentica.

Un dia observo que lo que mas admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedico a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez me__ores, y sentia que todos la aplaudian.

Y asi se__uia haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lo__rar que la consideraran una Rana autentica, se de__aba arrancar las ancas, y los otros se las comian, y ella todavia alcanzaba a oir con amar__ura cuando decian que que buena Rana, que parecia Pollo. ("La rana que queria ser una rana autentica" de Au__usto Monterroso)

Un dolar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y setenta centavos estaban en peniques. Peniques ahorrados, uno por uno, discutiendo con el almacenero y el verdulero y el carnicero hasta que las me_illas de uno se ponian ro_as de ver_üenza ante la silenciosa acusacion de avaricia que implicaba un re_ateo tan obstinado. Delia los conto tres veces. Un dolar y ochenta y siete centavos. Y al dia si_uiente era Navidad. Evidentemente no habia nada que hacer fuera de echarse al miserable lecho y llorar. Y Delia lo hizo. Lo que conduce a la reflexion moral de que la vida se compone de sollozos, lloriqueos y sonrisas, con predominio de los lloriqueos. (Comienzo de "EL RE_ALO DE LOS MA_OS" de O. Henry.)

Textos sin faltas:

Cuando *Simón* pensó en escaparse de casa no creyó que un leve traspié pudiera traerle tan graves consecuencias. Al principio todo parecía bien planeado, nadie pensaría que su ausencia mañanera fuera a durar diez días, tiempo que había previsto para fugarse con los amigos del pueblo vecino. Al regresar dirían que habían sido secuestrados y que, después de arduos esfuerzos, habían logrado escapar de los malhechores; cosas como esa aparecían todos los días en los periódicos y nadie dudaba de ellas. Sin embargo, ¿quién iba a pensar que trescientos metros más allá del bosque que rodea el pueblo se iba a caer en un agujero del que no podría salir? A veces uno busca la libertad y lo único que encuentra es eso: un agujero. Allí, en el oscuro subsuelo, la conciencia comenzaba a remorderle por dentro, cuando se dio cuenta de que estaba solo, absolutamente solo. O al menos eso pensaba él. Hizo cálculos. Tenía poco espacio para moverse y estaría como unos tres metros por debajo del nivel del suelo, rodeado de humedad, tierra sucia, raíces de árboles y hojas viejas que empezaban a pudrirse. Y, por supuesto, estaba casi a oscuras ya que el boquete por el que se había caído se había cerrado casi del todo al pasar él; sólo una leve claridad le llegaba por encima de la cabeza. A pesar de lo enrarecido del aire que respiraba la situación no era muy desagradable... todavía. Sospechó que, con el paso del tiempo, se pondría peor. Ni siquiera sus amigos podrían saber dónde estaba, ya que el punto de reunión acordado estaba aún bastante lejos de aquel paraje. Así que empezó a sentir miedo, y luego hambre y frío. A Simón empezaron a pesarle sus once años y medio, o por mejor decir, empezaron a faltarle; por un momento deseó tener treinta y ser capaz de salir él solito del agujero. Después reflexionó algo y se dio cuenta de que, aunque tuviera treinta años, si estaba solo, tampoco podría conseguirlo. Pensó en Indiana Jones. Ni siquiera él lo conseguiría, porque en el agujero no había espacio suficiente para estirar el brazo y soltar el látigo, enrollarlo en una rama y subirse a pulso, a fuerza de brazos. Nada. Todo era inútil. No serviría de nada ser Indiana Jones si estaba solo. En esta vida siempre necesitamos a los demás, y, a veces, son ellos los que necesitan de nosotros. ¿Quién le habría mandado a él intentar aquella aventura? Y todo por no parecer menos que sus amigos. Bueno, "amigos" por decir algo; eran todos un poco mangantes y unos cobardes, que tiraban de la coleta a las niñas y salían corriendo, pinchaban lagartijas y las dejaban morir al sol y fumaban a escondidas de sus padres. Y eso no era todo, además no estudiaban nada. En fin, que eran un desastre de gente, pensaba Simón, sin darse cuenta de que, a pesar de los pesares, eran sus amigos. Él, en cambio, vivía en la ciudad, obedecía en casa, estudiaba, no fumaba, ni pegaba a las niñas... O sea, que a veces ¡se aburría como una ostra! Se le hacía muy cuesta arriba portarse siempre bien, por eso -pensó- convenía escaparse de casa durante un tiempo; para que todo el mundo supiera que él también podía hacer las cosas mal, y, por tanto, tenía mucho mérito al ser siempre un buen chico. Eso era ser libre, ¿no? Este era el debate interno que tenía lugar en la cabeza de Simón, la distancia entre ser bueno y ser malo y el por qué hacer bien o mal las cosas, cuando volvió a la realidad de la tragedia. ¿Cómo saldría de allí abajo? Se acordó de que empezaba ya a tener hambre. Su

mochila con las provisiones -repleta de gominolas, por supuesto- se había quedado arriba, enganchada en el matorral que medio tapaba el boquete de entrada, con lo cual, nada, tampoco podía comer. ¿Y si probaba a gritar? No le oiría nadie porque aquella zona se encontraba lejos del pueblo y estaba deshabitada por completo. Su única posibilidad era que alguien que pasara por allí cerca viera su mochila en el suelo y se imaginara que el dueño se había caído por el agujero. Pero Simón pensó que sería más fácil que si alguien encontraba la mochila se llevara todas las gominolas y no pensara para nada en un posible rescate. Estaba desesperado. La situación era difícil. (¿Tú, lector, qué harías?) (fin del capítulo 1 de "Simón y los Hembros", de Juan José Vergara)

Bajo la cinta de plata de la mañana, y sobre el reflejo azul del mar, el bote llegó a la costa de Harwich y soltó, como enjambre de moscas, un montón de gente, entre la cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos pasos vamos a seguir. No; nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la seriedad oficial que había en su rostro. Vestía un chaqué gris pálido, un chaleco, y llevaba sombrero de paja con una cinta casi azul. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquel chaqué claro ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una tarjeta de policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, jefe de la Policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para hacer la captura más comentada del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La Policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de Bruselas al Hoek van Holland. Y se sospechaba que trataría de disimularse en Londres, aprovechando el trastorno que por entonces causaba en aquella ciudad la celebración del Congreso Eucarístico. No sería difícil que adoptara, para viajar, el disfraz de eclesiástico menor, o persona relacionada con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a punto fijo. Sobre Flambeau nadie sabía nada a punto fijo. (Comienzo de "El candor del padre Brown" de G. K. Chesterton)

Lo recuerdo como si fuera ayer, meciéndose como un navío llegó a la puerta de la posada, y tras él arrastraba, en una especie de angarillas, su cofre marino; era un viejo recio, macizo, alto, con el color de bronce viejo que los océanos dejan en la piel; su coleta embreada le caía sobre los hombros de una casaca que había sido azul; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con uñas negras y rotas; y el sablazo que cruzaba su mejilla era como un costurón de siniestra blancura. Lo veo otra vez, mirando la ensenada y masticando un silbido; de pronto empezó a cantar aquella antigua canción marinera que después tan a menudo le escucharía: «Quince hombres en el cofre del muerto... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Y una botella de ron!» con aquella voz cascada, que parecía afinada en las barras del cabrestante. Golpeó en la puerta con un palo, una especie de astil de bichero en que se apoyaba, y, cuando acudió mi padre, en un tono sin contemplaciones le pidió que le sirviera un vaso de ron. Cuando se lo trajeron, lo bebió despacio, como hacen los catadores, chascando la lengua, y sin dejar de mirar a su alrededor,

hacia los acantilados, y fijándose en la muestra que se balanceaba sobre la puerta de nuestra posada. (Extraído del comienzo de “La isla del tesoro”, de Robert L. Stevenson)

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habían acostumbrado a ir a jugar al jardín del gigante. Era un jardín grande y hermoso, cubierto de verde y suave césped. Dispersas sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había una docena de melocotones que, en primavera, se cubrían de delicados capullos rosados, y en otoño daban sabroso fruto. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos. -¡Qué felices somos aquí!- se gritaban unos a otros. (Comienzo de “El gigante egoísta” de Oscar Wilde.)

-Caballero, ¿quiere hacer el favor de decirme si estoy en Plumfield?...- preguntó un muchacho andrajoso, dirigiéndose al señor que había abierto la gran puerta de la casa ante la cual se detuvo el ómnibus que condujo al niño. -Sí, amiguito; ¿de parte de quién vienes?

-De parte de Laurence. Traigo una carta para la señora.

El caballero hablaba afectuosa y alegremente; el muchacho, más animado, se dispuso a entrar. A través de la finísima lluvia primaveral que caía sobre el césped y sobre los árboles cuajados de retoños, Nathaniel contempló un edificio amplio y cuadrado, de aspecto hospitalario, con vetusto pórtico, anchurosa escalera y grandes ventanas iluminadas. Ni persianas ni cortinas velaban las luces; antes de penetrar en el interior, Nathaniel vio muchas minúsculas sombras danzando sobre los muros, oyó un zumbido de voces juveniles y pensó, tristemente, en que sería difícil que quisieran aceptar, en aquella magnífica casa, a un huésped pobre, harapiento y sin hogar como él. (Comienzo de “Hombrecitos” de Louisa M. Alcott.)

Había una vez una Rana que quería ser una Rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello. Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad. Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena Rana, que parecía Pollo. (“La rana que quería ser una rana auténtica” de Augusto Monterroso)

Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y setenta centavos estaban en peniques. Peniques ahorrados, uno por uno, discutiendo con el almacenero y el verdulero y el carnicero hasta que las mejillas de uno se ponían rojas de vergüenza ante la silenciosa acusación de avaricia que implicaba un regateo tan obstinado. Delia los contó tres veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente era Navidad. Evidentemente no había nada que hacer fuera de echarse al miserable lecho y llorar. Y Delia lo hizo. Lo que conduce a la reflexión moral de

que la vida se compone de sollozos, lloriqueos y sonrisas, con predominio de los lloriqueos. (Comienzo de “EL REGALO DE LOS MAGOS” de O. Henry.)

LISTADO DE PALABRAS HOMÓNIMAS.

Aquí te propongo una lista de palabras homónimas que suelen plantear dudas en la escritura. Intenta fijarlas visualmente. Hay pares de palabras que son homófonas para los hablantes que no distinguen /z/ y /s/ o /y/ y /ll/:

a (preposición)	ah (interjección)	ha (verbo haber)
hablando (gerundio de hablar)	ablando (presente de ablandar)	
abollado (hundido por golpe)	aboyado (finca con bueyes)	
abrazarse (estrechar con los brazos)	abrasarse (quemarse)	
acerbo (áspero, duro)	acervo (montón de cosas)	
agito (verbo agitar)	ajito (ajo pequeño)	
alagar (llenar de lagos)	halagar (mostrar afecto, admiración)	
aprender (adquirir conocimientos)	aprehender (asir)	
arrollo (verbo arrollar)	arroyo (río pequeño)	
as (campeón deportivo)	has (verbo haber)	
as (carta de la baraja)	haz (manojo, superficie)	
Asia (continente)	hacia (preposición)	
ato (verbo atar)	hato (sustantivo)	
baca (elemento de transporte)	vaca (hembra del toro)	
bacía (vasija)	vacía (verbo vaciar)	
bacilo (bacteria)	vacilo (verbo vacilar)	
balido (sonido de la oveja)	valido (primer ministro o verbo valer)	
barón (título aristocrático)	varón (hombre)	
basar (asentar sobre la base)	bazar (tienda, mercado)	

basto (tosco, grosero)	vasto (ancho)
baya (fruto carnoso)	vaya (verbo ir)
bello (hermoso)	vello (pelo corto y suave)
bienes (posesiones)	vienes (verbo venir)
bobina (carrete)	bovina (perteneciente al toro o la vaca).
botar (arrojar, dar botes)	votar (emitir votos)
botas (calzado)	votas (verbo votar)
cabo (punta, grado militar)	cavo (verbo cavar)
callado (verbo callar)	cayado (báculo)
callo (dureza, verbo callar)	cayo (isla)
calló (verbo callar)	cayó (verbo caer)
cause (verbo causar)	cauce (de un río)
ceda (verbo ceder)	seda (tejido)
cede (verbo ceder)	sede (local, lugar)
cenado (verbo cenar)	senado (cámara de senadores)
cepa (tronco de la vid)	sepa (verbo saber)
ciego (invidente)	siego (verbo segar)
ciervo (animal salvaje)	siervo (esclavo)
cierra (verbo cerrar)	sierra (instrumento de corte)
cien (número)	sien (frente)
cocer (cocinar)	coser (verbo coser)
combino (verbo combinar)	convino (verbo convenir, acordar)
consejo (cuerpo de consejeros)	concejo (cuerpo de concejales)

desmallar (quitar mallas)	desmayar (desvanecer)	
errar (sinónimo de *equivocarse*)	herrar (poner herradura a una caballería)	
estibo (estibar)	estivo (verano)	
gira (excursión, viaje)	jira (trozo de tela)	
graba (verbo grabar)	grava (carga, tributo, piedrecillas)	
grabar (labrar, esculpir, registrar sonidos o imágenes)	gravar (imponer un gravamen)	
grabe (verbo grabar)	grave (de gravedad)	
gragea (confite pequeño)	grajea (verbo grajear)	
haber (verbo)	a ver (preposición *a* + verbo *ver*)	
había (verbo haber)	avía (verbo aviar)	
halla (verbo hallar)	haya (verbo haber o tipo de árbol)	aya (sinónimo de niñera)
hasta (preposición)	asta (lanza, palo, cuerno)	
hera (extensión de tierra)	era (verbo ser)	
hojear (pasar las hojas)	ojear (escudriñar)	
hora (unidad de tiempo)	ora (verbo orar)	
hulla (tipo de carbón)	huya (verbo huir)	
huso (instrumento para hilar, figura con esa forma)	uso (verbo usar)	
ingerir (tomar alimentos)	injerir (incluir Algo)	
IVA (impuesto)	iba (verbo ir)	
izo (verbo *izar*)	hizo (verbo *hacer*)	
La Haya (ciudad)	(la) aya (institutriz)	la haya (pronombre *la* + haber): *no creo que la haya visto*.

libido (deseo carnal)	lívido (intensamente pálido y amoratado)
malla (red)	maya (antiguo pueblo indio)
masa (volumen)	maza (arma de guerra)
nabal (tierra de nabos)	naval (de naves)
novel (el que comienza a practicar un arte o profesión o tiene poca experiencia en ellos)	Nobel (premio)
ola (onda marina)	¡Hola! (interjección, saludo)
onda (ondulación, arma)	honda (profunda)
olla (vasija redonda)	hoya (cavidad)
pollo (cría de ave)	poyo (banco de piedra)
pulla (dicho agudo para herir a alguien)	puya (punta acerada de varas de picadores)
sabia (que sabe)	savia (jugo de las plantas)
té (infusión)	te (pronombre personal)
rallar (desmenuzar con un rallador)	rayar (hacer rayas)
rayo (fenómeno atmosférico)	rallo (verbo rallar)
rebelar (sublevarse)	revelar (fotografías, descubrir)
recabar (reclamar, conseguir)	recavar (volver a cavar)
reusar (volver a usar)	rehusar (rechazar, no aceptar)
rivera (río)	ribera (orilla)
riza (verbo rizar)	risa (expresión de alegría)
sabia (que sabe mucho)	savia (líquido de las plantas)
z (letra del abcedario)	seta(hongo)

tubo (sustantivo)	tuvo (verbo tener)
valla (línea de estacas o tablas)	vaya (verbo ir)
vegete (verbo vegetar)	vejete (diminutivo de viejo)
veraz (verdadero)	verás (verbo ver)
veta (vena, filón)	beta (letra griega)
vez (tiempo, turno)	ves (verbo ver)
vidente (lo que ve)	bidente (dos dientes)
vino (pasado del verbo *venir*)	vino (bebida alcohólica)
U (letra del alfabeto)	¡Uh! (interjección)
zueco (calzado de madera)	sueco (de Suecia)